

MUJERCITAS

LOUISA MAY ALCOTT

CAPITULO 1

EL JUEGO DEL PEREGRINO

NAVIDAD no será Navidad sin regalos -murmuró Jo, tendida sobre la alfombra. - ¡Es tan triste ser pobre! -suspiró Meg mirando su vestido viejo. -No me parece justo que algunas muchachas tengan tantas cosas bonitas, y otras nada -añadió la pequeña Amy con gesto displicente. -Tendremos a papá y a mamá y a nosotras mismas dijo Beth alegremente desde su rincón. Las cuatro caras jóvenes, sobre las cuales se reflejaba la luz del fuego de la chimenea, se iluminaron al oír las animosas palabras; pero volvieron a ensombrecerse cuando Jo dijo tristemente: -No tenemos aquí a papá, ni lo tendremos por mucho tiempo. No dijo "tal vez nunca", pero cada una lo añadió silenciosamente para sí, pensando en el padre, tan lejos, donde se hacía la guerra civil. Nadie habló durante un minuto; después dijo Meg con diferente tono: -Sabes que la razón por la que mamá propuso que no hubiera regalos esta Navidad fue porque el invierno va a ser duro para todo el mundo, y piensa que no debemos gastar dinero en gustos mientras nuestros hombres sufren tanto en el frente. No podemos ayudar mucho, pero sí hacer pequeños sacrificios y debemos hacerlos alegremente. Pero temo que yo no los haga -y Meg sacudió la cabeza al pensar arrepentida en todas las cosas que deseaba. -Pero pienso que el poco dinero que gastaríamos no ayudaría mucho. Tenemos un peso cada una, y el ejército no se beneficiaría mucho si le diéramos tan poco dinero. Estoy conforme con no recibir nada ni de mamá ni de ustedes, pero deseo comprar Undine y Sintran para mí. ¡Lo he deseado por tanto tiempo! -dijo Jo, que era un ratón de biblioteca. -He decidido gastar el mío en música nueva -dijo Beth suspirando, aunque nadie la oyó excepto la escobilla del fogón y el asa de la caldera. - Me compraré una cajita de lápices de dibujo; verdaderamente los necesito - anunció Amy con decisión. -Mamá no ha dicho nada de nuestro propio dinero, y no desearía que renunciáramos a todo. Compremos cada una lo que deseamos y tengamos algo de diversión; me parece que trabajamos como unas negras para ganarlo - exclamó Jo examinando los tacones de sus botas con aire resignado. - Yo sé que lo hago dando lecciones a esos niños terribles casi to-do el día, cuando deseo mucho divertirme en casa -dijo Meg quejosa. -No hace la mitad de lo que yo hago -repuso Jo -. ¿Qué te parecería a ti estar encarcelada por horas enteras en compañía de una señora vieja, nerviosa y caprichosa, que te tiene corriendo de acá para allá, no está jamás contenta y te fastidia de tal modo que te entran ganas de saltar por la ventana o darle una bofetada? -Es malo quejarse, pero a mí me parece que fregar platos y arreglar la casa es el trabajo más desagradable del mundo. Me irrita y me pone tan ásperas y tiesas las manos que no puedo tocar bien el piano -y Beth las miró con tal suspiro, que cualquiera pudo oír esta vez. -No creo que ninguna de ustedes sufra como yo -gritó Amy-; porque no tienen que ir a la escuela con muchachas impertinentes, que las atormentan si no llevan la lección bien preparada, se ríen de nuestros vestidos, defaman a nuestro padre porque no es rico y nos insultan porque no tienen la nariz bonita. -Si quieres decir difamar dilo así, aunque mejor sería no usar palabras altisonantes - dijo Jo, riéndose. -Yo sé lo que quiero decir, y no hay que criticarme tanto. Es bueno usar palabras escogidas para mejorar el vocabulario -respondió solemnemente Amy. -No disputen niñas: ¿no te gustaría que tuviésemos el dinero que perdió papá cuando éramos pequeñas, Jo? ¡Ay de mí! , ¡qué felices y buenas seríamos si no tuviésemos necesidades! -dijo Meg, que podía recordar un tiempo en que la familia había vivido con holgura. -Has dicho el otro día que, en tu opinión, éramos más felices que los niños King, porque ellos no hacían más que reñir y quejarse continuamente a pesar de su dinero. -Es verdad, Beth; bueno, creo que lo somos, porque, si tenemos que trabajar, nos divertimos al hacerlo, y formamos una cuadrilla muy alegre, según Jo. -¡Jo habla en una jerga tan chocante! - observó Amy, echando una mirada crítica hacia la larga figura tendida sobre la alfombra. Jo se levantó de un salto, metió las manos en los bolsillos del delantal y se puso a silbar. -No hagas eso, Jo, es cosa de chicos. -Por eso lo hago. -Detesto a las muchachas rudas, de modales ordinarios. -Y yo aborrezco a las muchachas afectadas y pedantes. -"Pájaros en sus niditos se entienden" -cantó Beth la pacificadora, con una expresión tan cómica que las dos voces agudas se templaron en una risa, y la riña terminó de momento. -Realmente, hijas mías, ambas merecen censura -dijo Meg poniéndose a corregir a sus hermanas con el aire propio de hermana mayor -. Tienes ya edad, Jo, de dejar trucos de muchachos y conducirte mejor. No importaba tanto cuando eras una niña pequeña, pero ahora que eres tan alta y te has puesto moño, deberías recordar que eres una señorita. -¡No lo soy! ¡Y si el ponerme moño me hace señorita, me arreglaré el pelo en dos trenzas hasta que tenga veinte años! -gritó Jo, quitándose la red del pelo y sacudiendo una espesa melena de color castaño -. Detesto pensar que he de crecer y ser la señorita March, vestirme con faldas largas y ponerme primorosa. Ya es bastante malo ser chica, gustándome tanto los juegos, las maneras y los trabajos de los muchachos. No puedo acostumbrarme a mi desengaño de no ser muchacho, y me-nos ahora que me muero de ganas de ir a pelear al lado de papá y tengo que permanecer en casa haciendo calceta como una vieja cualquiera -y Jo sacudió el calcetín azul, el color del ejército, hasta sonar todas las agujas, dejando rodar el ovillo hasta el otro lado del cuarto. - ¡Pobre Jo! Lo siento mucho, pero no podemos remediarlo; tendrás que contentarte con dar a tu nombre forma masculina y jugar a que eres hermano nuestro - contestó Beth acariciando la cabeza tosca puesta sobre sus rodillas, con una mano cuyo suave tacto no habían logrado destruir todo el fregar de platos y todo el trabajo doméstico. -En cuanto a ti, Amy -dijo Meg -, eres demasiado afectada y presumida. Ahora tus modales causan gracia, pero llegarás a ser una persona muy tonta si no tienes cuidado. Me gustan mucho tus modales agradables cuando no tratas de ser elegante, pero tus palabras exóticas son tan malas como la jerga de Jo. -Si Jo es un muchacho y Amy algo afectada, ¿qué soy yo, si se puede saber? -preguntó Beth dispuesta a recibir su parte de la reprimenda. -Tú eres una niña querida, y nada más -respondió Meg calurosamente y nadie la contradujo, porque el "ratoncito" era la favorita de la familia. Como

nuestros lectores jóvenes querrán formarse una idea de nuestra heroína, a provechamos para trazar un dibujo de las cuatro hermanas ocupadas en hacer calceta en un crepúsculo de diciembre, mientras fuera caía silenciosamente la nieve y dentro de la casa chisporroteaba alegremente el fuego. El cuarto era agradable, aunque la alfombra estaba algo descolorida y los muebles eran de una simplicidad severa; buenos cuadros colgaban de las paredes, en los estantes había libros, florecían crisantemos y rosas de Navidad en las ventanas, y por toda la casa flotaba una atmósfera de paz. Margaret o Meg, la mayor de las cuatro chicas, tenía dieciséis años; era muy bonita, regordeta y rubia; tenía los ojos grandes, abundante pelo castaño claro, boca delicada y unas manos blancas, de las cuales se vanagloriaba un poco. Jo, que tenía quince años, era muy alta, esbelta y morena, y le recordaba a uno un potro; nunca parecía saber qué hacer con sus largas extremidades, que se le atravesaban en el camino. Tenía la boca decidida, la nariz respingada, ojos grises muy penetrantes, que parecían verlo todo, y se ponían alternativamente feroces, burlones o pensativos. Su única belleza era su cabello, hermoso y largo, pero generalmente lo llevaba descuidadamente recogido en una redecilla para que no le estorbara; los hombros cargados, las manos y los pies grandes y un aire de abandono en su vestido y la tosquedad de una chica que se hacía rápidamente mujer a pesar suyo. Elizabeth o Beth tenía unos trece años; su cara era rosada, el pelo liso y los ojos claros; había cierta timidez en el ademán y en la voz; pero una expresión llena de paz, que rara vez se turbaba. Su padre la llamaba "Pequeña Tranquilidad", y el nombre era muy adecuado, porque parecía vivir en un mundo feliz, su propio reino, del cual no salía sino para encontrar a los pocos a quienes amaba y respetaba. Aunque fuese la más joven, Amy era una persona importantísima, al menos en su propia opinión. Una verdadera virgen de la nieve; los ojos azules, el pelo color de oro, formando bucles sobre las espaldas, pálida y grácil, siempre se comportaba como una señorita cuidadosa de sus maneras. El reloj dio las seis, y después de limpiar el polvo de la estufa Beth puso un par de zapatillas delante del fuego para calentarlas. De una manera u otra la vista de las viejas zapatillas tuvo buen efecto sobre las chicas porque venía la madre, y todas se dispusieron a brindarle un buen recibimiento. Meg puso fin a su sermón y encendió la lámpara. Amy sacó la butaca espontáneamente, y aun Jo olvidó su cansancio para sentarse más derecha y acercar las zapatillas al fuego. -Están muy gastadas; mamá debería tener otro par. -Yo pensaba comprárselas con mi dinero -dijo Beth. - ¡No, yo lo haré! -gritó Amy. -Soy la mayor -empezó a decir Meg, pero Jo la interrumpió con decisión. -Soy el hombre de la familia, ahora que papá está fuera, yo me encargaré de las zapatillas, porque me ha dicho que cuidase de mamá mientras él estuviera ausente. -¿Sabes lo que debemos hacer? -dijo Beth -; que cada una le compre un regalo de Navidad, y no comprar nada para nosotras. -¡Tú habías de tener idea tan feliz, querida mía! ¿Qué compraremos? -exclamó Jo. Todas reflexionaron un momento; entonces Meg dijo, como si la vista de sus propias manos hermosas le sugiriera la idea: -Le regalaré un par de guantes. -Zapatillas del ejército, las mejores que haya -gritó Jo. -Unos pañuelos bordados -dijo Beth. -Yo le compraré un frasco de colonia; le gusta mucho y, como no costará tanto, me sobrará algo para comprarme alguna cosa -añadió Amy. -¿Y cómo le daremos las cosas? -exclamó Meg. -Las pondremos sobre la mesa y traeremos a mamá para que abra los paquetes. -¿No recuerdan lo que hacíamos en los cumpleaños? -respondió Jo. -Yo solía asustarme horriblemente cuando me llegaba el turno de sentarme en la silla grande, con una corona en la cabeza y verlas a todas marchando alrededor para darme regalos y besarme, pero me ponía nerviosa que me miraran mientras abría los paquetes - dijo Beth, que estaba tostando el pan para el té y se tostaba al mismo tiempo la cara. -Que piense mamá que vamos a comprarnos algunas cosas y así le daremos una sorpresa. Necesitamos salir para hacer compras mañana por la tarde, Meg; hay mucho que hacer para la pieza que representamos la Noche de Navidad -dijo Jo, que andaba de un lado para otro con las manos a la espalda y la nariz levantada. -No pienso representar después de esta vez; estoy algo crecida para estas cosas - observó Meg, que era una niña en todo lo que fuera juegos. -No dejarás de hacerlo, lo aseguro, mientras puedas presentarte vestida de blanco, con el pelo suelto y adornado con joyas hechas de papel dorado. Eres la mejor actriz que tenemos, y si abandonas el teatro se acabarán nuestras funciones -repuso Jo -. Debemos ensayar la pieza esta tarde. Ven aquí, Amy, y repite la escena donde te desmayas, porque te pones tiesa como una estaca al hacerlo. -No es culpa mía; jamás he visto a nadie desmayarse y no me gusta ponerme pálida cayendo de espalda como tú lo haces. Si no puedo hacerlo fácilmente, me dejaré caer con gracia en una silla; no me importa que Hugo se acerque a mí con una pistola -dijo Amy, que no tenía talento dramático, pero a quien habían escogido porque era pequeña y el protagonista podía llevársela en brazos. -Hazlo de esta manera; aprieta las manos así, y ve tambaleándote a través del cuarto, gritando locamente: ¡Rodrigo! , ¡sálvame! , ¡sálvame! -y Jo lo hizo, dando un chillido verdaderamente melodramático. Amy procuró imitarla, pero extendió las manos con demasiada rigidez, caminó mecánicamente y su exclamación sugirió que la pinchaban con alfileres en lugar de demostrar terror y angustia. Jo suspiró con desesperación, y Meg se rió a carcajadas, mientras Beth dejaba quemar el pan por mirar lo que pasaba. -¡Es inútil! Sal lo mejor que puedas cuando llegue el momento, ysi el público silba no me echas la culpa. Vamos, Meg. Todo lo demás se deslizó sin tropiezo, porque don Pedro desafió al mundo entero en un parlamento de dos páginas sin interrupción. Hagar, la bruja, se encorvó sobre su caldero de efecto mágico. Rodrigo rompió sus cadenas como un valiente, y Hugo murió de remordimiento lanzando exclamaciones incoherentes. -Es lo mejor que hemos hecho hasta ahora -dijo Meg, mientras el traidor se incorporaba frotándose los codos. -No comprendo cómo puedes escribir y representar cosas tan magníficas, Jo. ¡Eres un verdadero Shakespeare! -dijo Beth. -No lo soy -respondió Jo humildemente -. Creo que "La Maldición de la Bruja" está bastante bien; pero me gustaría tratar de representar Macbeth si tuviéramos una trampa para Banquo. Siempre he deseado un papel en el cual tuviera que matar a alguien. ¿Es un puñal eso que veo delante de mí? -murmuró Jo girando los ojos, y con ademán de asir algo en el aire, como lo había visto hacer a un actor famoso. -No, son las parrillas con las zapatillas de mamá encima en lugar del pan. ¡Beth está embobada por la escena! -exclamó Meg, y el ensayo terminó con una carcajada general. -Me alegro de encontrarlas tan divertidas, hijas -dijo una voz resuelta en la puerta, y actores y espectadores se volvieron para recibir a una señora algo regordeta, maternal, cuyos ojos parecían decir "¿puedo ayudarlo?", con aire verdaderamente encantador. No era una persona de especial hermosura; pero para los hijos las madres son siempre hermosas, y las chicas pensaban que aquella capa gris y aquel

sombbrero pasado de moda cubrían la mujer más espléndida del mundo. -Bueno, ¿cómo lo han pasado hoy? Había tanto que hacer preparando los cajones para enviarlos mañana, que no volví para la comida. ¿Ha venido alguien, Elizabeth? ¿Cómo está tu resfriado, Margaret? Jo, pareces muy fatigada. Ven y dame un beso, niña. Mientras hacía estas preguntas maternas, la señora March se ponía las zapatillas calientes, y, sentándose en la butaca, puso a Amy sobre sus rodillas, disponiéndose a gozar de su hora más feliz del día. Las muchachas iban de un lado a otro, tratando de poner todo en orden, cada una a su modo. Meg preparó la mesa para el té; Jo trajo la leña y puso las sillas, dejando caer volcando y haciendo ruido con todo lo que tocaba; Beth iba y venía de la sala a la cocina, y Amy daba consejos a todas mientras estaba sentada con las manos cruzadas. Mientras se sentaban a la mesa, la señora March dijo, sonriéndose: -Tengo una grata sorpresa para después de la cena. Una sonrisa feliz pasó de cara en cara como un rayo de sol. Beth palmoteó, sin hacer caso de la galleta caliente que tenía, y Jo sacudió la servilleta, exclamando: -¡Carta! ¡Carta! ¡Tres vivas para papá! -Sí, una carta larga. Está bien, y piensa que soportará el frío mejor de lo que pensamos. Envía toda clase de buenos deseos para Navidad, y un mensaje especial para sus hijas -dijo la señora March acariciando el bolsillo como si tuviera en él un tesoro. -Coman rápido. No te detengas para dar vueltas al dedo meñique y comer con afectación, Amy -gritó Jo, ahogándose al beber el té y dejando el pedazo de pan, que cayó sobre la alfombra por el lado de la mantequilla; muy excitada por la sorpresa. Beth no comió más, yendo a sentarse en un rincón oscuro para soñar con el placer venidero hasta que las otras estuviesen listas. -Creo que papá hizo una cosa magnífica marchando como capellán cuando era demasiado viejo para alistarse y no bastante fuerte para ser soldado -dijo Meg animosa. -Yo quisiera ir de tamborcillo, o de cantinero, o de enfermera, para estar cerca y ayudarlo -exclamó Jo, suspirando. -Debe ser muy desagradable dormir en una tienda de campaña y comer toda clase de cosas que tienen mal gusto y beber en una lata -murmuró Amy -¿Cuándo volverá, mamá? -preguntó Beth, con voz temblorosa. -No por mucho tiempo, querida mía, a menos que esté enfermo. Quedará para hacer fielmente su trabajo mientras pueda, y no le pediremos que vuelva un minuto antes de que puedan pasarse sin él. Ahora, oigan lo que dice la carta. Todas se acercaron al fuego, la madre en la butaca, Beth a sus pies, Meg y Amy sentadas sobre los brazos de la silla y Jo apoyándose en el respaldo, de manera que nadie pudiera ver ninguna señal de emoción si la carta tenía algo conmovedor. En aquel tiempo duro se escribían muy pocas cartas que no conmovieran, especialmente entre las enviadas a casa de los padres. En esta carta se decía poco de las molestias sufridas, de los peligros afrontados o de la nostalgia a la cual había que sobreponerse; era una carta alegre, llena de descripciones de la vida del soldado, de las marchas y de noticias militares; y sólo hacia el final el autor de la carta dejó brotar el amor paternal de su corazón y su deseo de ver a las niñas que había dejado en casa. "Mi cariño y un beso a cada una. Diles que pienso en ellas durante el día, y por la noche oro por ellas, y siempre encuentro en su cariño el mejor consuelo. Un año de espera para verlas parece interminable, pero recuérdales que, mientras esperamos, podemos todos trabajar, de manera que estos días tan duros no se desperdicien. Sé que ellas recordarán todo lo que les dije, que serán niñas cariñosas para ti, que cuando vuelva podré enorgullecerme de mis mujercitas más que nunca." Todas se conmovían algo al llegar a esta parte, Jo no se avergonzó de la gruesa lágrima que caía sobre el papel blanco, y Amy no se preocupó de que iba a desarreglar sus bucles al esconder la cara en el seno de su madre y dijo sollozando: -¡Soy egoísta! Pero trataré de ser mejor para que no se lleve un chasco conmigo. -¡Trataremos todas! -exclamó Meg -. Pienso demasiado en mi apariencia y detesto trabajar, pero no lo haré más si puedo remediarlo. -Trataré de ser lo que le gusta a él llamarme "una mujercita", y no ser brusca y atolondrada; cumpliré aquí con mi deber en vez de desear estar en otra parte -dijo Jo, pensando que dominarse a sí misma era obra más difícil que hacer frente a unos rebeldes. Beth no dijo nada, pero secó sus lágrimas con el calcetín del ejército y se puso a trabajar con todas sus fuerzas, no perdiendo tiempo en hacer lo que tenía más cerca de ella, mientras decidía en su corazón ser como su padre lo deseaba cuando al cabo de un año pudiera regresar felizmente a su casa. La señora March rompió el silencio que siguió a las palabras de Jo, diciendo con voz alegre: -¿Sé acuerdan de cómo representaban "El Peregrino" cuando eran pequeñas? Nada les gustaba tanto como que les pusiera hatillos de trapos a la espalda para representar la carga, les hiciera sombreros, bastones y rollos de papel y las dejara viajar a través de la casa, desde la bodega, que era la Ciudad de Destrucción, hasta la boardilla, donde tenían todas las cosas bonitas que podían encontrar para construir una Ciudad Celestial. -¡Qué divertido era, especialmente cuando nos acercábamos a los leones, peléabamos con Apolo y pasábamos por el valle donde estaban los duendes! -dijo Jo. -A mí me gustaba el lugar donde las cargas caían y rodaban escalera abajo -murmuró Meg. -Mi parte favorita era cuando salíamos a la azotea donde estaban nuestras flores, enramadas y cosas bonitas y nos parábamos y cantábamos de alegría allá arriba al sol -dijo Beth, sonriéndose, como si aquel momento feliz hubiera vuelto. -Yo no recuerdo mucho, pero sí que tenía miedo de la bodega y de la entrada oscura, y siempre me gustaban los pastelitos y la leche que tomábamos allá arriba. Si no fuera ya mayor para tales niñerías, me gustaría mucho representarlo otra vez -susurró Amy, que hablaba de renunciar a niñerías a la edad madura de doce años. -No somos demasiado mayores para ese juego, querida mía, porque es un entretenimiento al que siempre jugamos de una manera u otra. Nuestras cargas están aquí, nuestro camino está delante de nosotras y el deseo de bondad y felicidad es el guía que nos dirige a través de muchas penas y equivocaciones hasta la paz, que es una verdadera Ciudad Celestial. Ahora, peregrinitas mías, vamos a comenzar de nuevo, no para divertirnos, sino de veras, y veremos hasta dónde pueden llegar antes de que vuelva papá. -Pero, mamá ¿dónde están nuestras cargas? -preguntó Amy, que tomaba todo al pie de la letra. -Cada uno ha dicho hace un momento cuál era su carga, menos Beth; en mi opinión no tiene ninguna -dijo su madre. -Sí, la tengo; la mía es sentirme disminuida y envidiar a las que tocan pianos bonitos y tener miedo de la gente. La carga de Beth era tan cómica que a todos dio ganas de reír; pero nadie lo hizo, porque se hubiera ofendido mucho. -Hagamos esto -dijo Meg, pensativa -. Es solamente otro nombre para tratar de ser buenas, y la historia puede ayudarnos; aunque lo deseamos, ser buenas es algo difícil, nos olvidamos, y no nos esforzamos. -Esta noche estábamos en el Pantano del Abatimiento y vino mamá, y nos sacó de él, como en el libro lo hizo el hombre que se llamaba Auxilio. Deberíamos tener nuestro rollo de aviso como Cristiano. ¿Qué haremos para eso? -preguntó Jo, encantada con la idea que prestaba algo de romanticismo a la tarea poco

interesante de cumplir con su deber. -Busquen debajo de la almohada en la mañana de Navidad, y encontrarán su guía - respondió la señora March. Discutieron el proyecto nuevo, mientras la vieja Hanna levantaba la mesa; después salieron las cuatro cestillas de costura, y volaron las agujas mientras las chicas cosían sábanas para la tía March. El trabajo era poco interesante pero esta noche nadie se quejó. Habían adoptado el plan ideado por Jo, de dividir las costuras largas en cuatro partes, que llamaban Europa, Asia, Africa y América; de esta manera hacían mucho camino, sobre todo cuando hablaban de los países diferentes según cosían a través de ellos. A las nueve dejaron el trabajo y cantaron, como acostumbraban, antes de acostarse. Nadie sino Beth podía sacar música del viejo piano; pero ella tenía una manera especial de tocar las teclas amarillas y componer un acompañamiento para las canciones simples que cantaban. Meg tenía una voz aflautada y ella, con su madre, dirigían el pequeño coro. Amy chirriaba como un grillo. Jo cantaba a su gusto, poniendo alguna corchea o algún silencio donde no hacía falta. Siempre habían cantado por la noche desde el tiempo en que apenas sabían hablar: Centellead, centellead, estrellitas y esto se había convertido en una costumbre de familia, porque la madre era cantora por naturaleza. Por la mañana, lo primero que se oía era su voz, mientras andaba por la casa cantando como una alondra; y por la noche, el último sonido era la misma voz alegre, porque las chicas no parecían nunca demasiado mayores para aquella conocida canción de cuna.

CAPITULO 3

EL BAILE DE AÑO NUEVO

-¡Jo! ¡Jo! ¿Dónde estás? -gritó Meg, al pie de la escalera que conducía a la boardilla. -Aquí -respondió, desde arriba, una voz algo ronca. Y corriendo arriba, Meg encontró a su hermana comiendo manzanas y llorando con la lectura de El heredero de los Redclyffe, envuelta en una toquilla y sentada en un viejo sofá de tres patas, al lado de la ventana soleada. Era el refugio preferido de Jo; aquí le gustaba retirarse con media docena de manzanas y un libro interesante, para gozar de la tranquilidad y de la compañía de un ratón querido, que vivía allí y no tenía miedo de ella. Cuando llegó Meg, el amiguito desapareció en su agujero. Jo se limpió las lágrimas y se dispuso a oír las noticias. - ¡Qué gusto! Mira. ¡Una tarjeta de invitación de la señora Gardiner para mañana por la noche! -gritó Meg, agitando el precioso papel que procedió a leer después con juvenil satisfacción: "La señora Gardiner se complace en invitar a la señorita Meg y a la señorita Jo a un sencillo baile la noche de Año Nuevo." -Mamá quiere que vayamos. ¿Qué nos vamos a poner? -¿De qué sirve preguntarlo, cuando sabes muy bien que nos pondremos nuestros trajes de muselina de lana, porque no tenemos otros? -dijo Jo, con la boca llena. -¡Si tuviera un traje de seda! -suspiró Meg -. Mamá dice que quizá pueda hacerme uno cuando tenga dieciocho años; pero dos años es una espera interminable. -Estoy segura de que nuestros trajes parecen de seda y son bastante buenos para nosotras. El tuyo es tan bueno como si fuera nuevo; pero me olvidaba de la quemadura y del rasgón en el mío; ¿qué haré? La quemadura se ve mucho y no puedo estrechar nada la falda. -Tendrás que estar sentada siempre que puedas y ocultar la espalda; el frente está bien. Tendré una nueva cinta azul para el pelo, y mamá me prestará su prendedor de perlas; mis zapatos nuevos son muy bonitos y mis guantes pueden pasar. -Los míos están arruinados con manchas de gaseosa, y no puedo comprar otros, de manera que iré sin ellos -dijo Jo, que no se preocupaba mucho por su vestimenta. -Si no llevas guantes, no voy -gritó Meg, con decisión -. Los guantes son más importantes que cualquier otra cosa; no puedes bailar sin ellos, y si no puedes bailar voy a estar mortificada. -Me quedaré sentada; a mí no me gustan los bailes de sociedad; no me divierte ir dando vueltas acompasadas; me gusta volar, saltar y brincar. -No puedes pedir a mamá que te compre otros nuevos; ¡son tan caros y eres tan descuidada! ... Dijo cuando estropeaste aquéllos que no te compraría otros este invierno. ¿No puedes arreglarlos de algún modo? -Puedo tenerlos apretados en la mano, de modo que nadie vea lo manchados que están; es todo lo que puedo hacer. No; ya sé como podemos arreglarlo: cada una se pone un guante bueno y lleva en la mano el otro malo; ¿comprendes? -Tus manos son más grandes que las mías y ensancharías mis guantes -comenzó a decir Meg. -Entonces iré sin guantes. No me importa lo que diga la gente -gritó Jo, volviendo a tomar el libro. -Puedes tenerlo, puedes tenerlo, pero no me lo ensucies y condúctete bien; no te pongas las manos a la espalda, ni mires fijamente a nadie; ni digas " ¡Cristóbal Colón!" ¿Sabes? -No te preocupes por mí; estaré tan tiesa como si me hubiera tragado un molinillo, y no meteré la pata, si puedo evitarlo. Ahora con-testa la carta y déjame en paz para acabar esta magnífica historia. Meg se fue para "aceptar muy agradecida" la invitación, examinar su vestido y planchar su único cuello de encaje, mientras Jo, acabada la historia y las manzanas, jugaba con su ratón. La noche de Año Nuevo la sala estaba vacía, porque las dos chicas jóvenes servían de doncellas a las dos mayores, que preparaban su indumentaria para el baile. Sencillos como eran los trajes, había mucho que ir y venir, reír y hablar, y por algún tiempo la casa olió a pelo quemado; Meg quería hacerse unos bucles y Jo se encargó de retorcerle con las tenacillas los rizos atados con papeles. -¿Tienen que oler así? -preguntó Beth desde su asiento sobre la cama. -Es la humedad que se seca -respondió Jo. -¡Qué extraño! ¡Huele a plumas quemadas! -observó Amy, arreglando sus propios hermosos bucles con aire de superioridad. -¡Ahora voy a quitar los papelitos, y verás que bucles! -dijo Jo dejando las tenacillas. Quitó los papelitos, pero no aparecieron los bucles esperados, porque el pelo se había adherido al papel y lo había arrancado con él. -¡Oh, oh, oh! ¿Qué has hecho? ¡Me has estropeado el pelo! ¡No puedo ir! ¡Mi pelo! ¡Mi pelo! -exclamó Meg, mirando los rizos desiguales sobre su frente. -¡Es mi mala pata! No debías haberme pedido que lo hiciera, sabiendo que lo echo a perder todo. Lo siento mucho, pero es que las tenacillas estaban demasiado calientes - suspiró la pobre Jo, mirando con lágrimas de arrepentimiento el flequillo chamuscado. -Tiene remedio: rízalos y ponte la cinta de manera que los extremos caigan un poquito sobre la frente y estarás a la moda. He visto a muchas chicas así -repuso Amy para consolarla. -Esto me pasa por querer ponerme hermosa. ¡Ojalá hubiese dejado el pelo en paz! -gritó Meg. -Eso digo yo. ¡Era tan liso y hermoso! Pero pronto crecerá de nuevo -dijo Beth, corriendo a besar y consolar a la oveja esquilada. Después de otros

contratiempos menos graves. Meg terminó su tocado y tocado de toda la familia, Jo arregló su propio pelo y se puso el vestido. Estaban muy bien con sus sencillos trajes. Meg, de gris plateado con cinta de terciopelo azul, velos de encaje y el prendedor de perlas; Jo, de color castaño, con cuello planchado de caballero y unos crisantemos blancos por todo adorno. Cada una se puso un guante bonito y limpio y llevó en la mano otro sucio. Los zapatos de Meg, de tacones altos, le iban muy apretados y la lastimaban, aunque ella no quería reconocerlo; y a Jo le parecía llevar clavadas en la cabeza las diecinueve horquillas que sujetaban su cabellera, pero, ¿qué remedio?; había que ser elegante o morir. - ¡Que se diviertan mucho, queridas mías! -dijo la señora March al verlas salir -. No coman demasiado en la cena y vuelvan a las once, cuando mande a Hanna a buscarlas. Cuando cerraban la puerta de la verja al salir, una voz les gritó desde la ventana: -Niñas, ¿llevan los pañuelos bonitos? -Sí, sí, los llevamos, y el de Meg huele a colonia -gritó Jo, y añadió riéndose: -Creo que mamá nos preguntaría eso aunque estuviésemos huyendo de un terremoto. -Es uno de sus gustos aristocráticos, y tiene razón, porque, una verdadera señora se conoce siempre por el calzado limpio, los guantes y el pañuelo -respondió Meg. -Ahora no olvides de mantener el paño malo de tu falda de modo que no se vea, Jo. ¿Está bien mi cinturón? ¿Se me ve mucho el pelo? -dijo Meg, al dejar de contemplarse en el espejo del tocador de la señora Gardiner, después de mirarse largo rato. -Sé muy bien que me olvidaré de todo. Si me ves hacer algo que esté mal, avísame con un guiño -respondió Jo, arreglándose el cuello y cepillándose rápidamente. -No, una señora no guiña; arquearé las cejas si haces algo incorrecto, o un movimiento de cabeza si todo va bien. Ahora mantén derechos los hombros y da pasos cortos; no des la mano si te presentan a alguien: no se hace. -¿Cómo aprendes todas estas reglas? Yo no puedo hacerlo nunca. ¡Qué movida es esa música! Bajaron la escalera sintiéndose algo tímidas, porque rara vez iban a reuniones de sociedad, y aunque aquella no era muy formal, para ellas constituía un acontecimiento. La señora Gardiner, una señora anciana y majestuosa, las saludó amablemente y las dejó con la mayor de sus seis hijas. Meg conocía a Sallie y pronto perdió su timidez; pero Jo, que no gustaba de la compañía ni de la charla de las muchachas, se quedó recostada contra la pared, tan desorientada como, un potro en un jardín. En otra parte de la sala, una media docena de muchachos hablaban de patines, y Jo quería unirse a ellos, porque patinar era uno de los placeres de su vida. Telegrafió su deseo a Meg, pero las cejas se arquearon de manera tan alarmante que no se atrevió a moverse. Nadie vino a hablar con ella y poco a poco se fue disolviendo el grupo que tenía más cerca, hasta dejarla sola. No podía ir de un lado a otro con el fin de divertirse, para que no se viera el paño quemado de la falda, de manera que se quedó mirando a la gente con aire de abandono hasta que comenzó el baile. Meg fue invitada inmediatamente, y los zapatos estrechos saltaban tan alegremente que nadie hubiera sospechado lo que hacían sufrir a quien los llevaba puestos. Jo vio a un muchacho alto de pelo rojo, que se acercaba al rincón donde ella estaba, y, temiendo una invitación a bailar, se ocultó detrás de unas cortinas, esperando ver a escondidas desde allí y divertirse en paz. Por desgracia, otra persona tímida había escogido el mismo sitio, porque al dejar caer la cortina tras sí, se encontró cara a cara con Laurence. -¡Ay de mí!; no sabía que había aquí alguien -balbuceó Jo, disponiéndose a salir tan rápido como entrara. Pero el chico se rió y dijo de buen humor, aunque parecía algo sorprendido: -No se preocupe por mí; quédese si quiere. ¿No le estorbaré a us-ted? -Ni lo más mínimo; vine aquí porque no conozco a mucha gente, y me sentía molesto, ¿sabe usted? -Y yo también. No se vaya, por favor, a no ser que lo prefiera. El chico volvió a sentarse, con la vista baja, hasta que Jo, tratando de ser cortés, dijo: -Creo que he tenido el placer de verlo antes. Vive usted cerca de nosotros, ¿no es así? -En la casa próxima a la suya -contestó él, levantando los ojos y riéndose cordialmente, porque la cortesía de Jo le resultaba verdaderamente cómica al recordar cómo habían charlado sobre el criquet cuando él le devolvió el gato. Eso puso a Jo a sus anchas, y también ella rió al decir muy sinceramente: -Hemos disfrutado mucho con su regalo de Navidad. -Mi abuelo lo envió. -Pero usted le dio la idea de enviarlo. ¡A que sí! -¿Cómo está su gato, señorita March? -preguntó el chico, tratando de permanecer serio, aunque la alegría le brillaba en los ojos. -Muy bien, gracias, señor Laurence; pero yo no soy la señorita March, soy simplemente Jo -respondió la muchacha. -Ni yo soy señor Laurence, soy Laurie. -Laurie Laurence. ¡Qué nombre más curioso! -Mi primer nombre es Teodoro; pero no me gusta, porque los chicos me llaman Dora; así que logré que me llamaran Laurie en lugar del otro. -Yo también detesto mi nombre; ¡es demasiado romántico! Querría que todos me llamaran "Josefina" en lugar de Jo. ¿Cómo logró usted quitar a los chicos la costumbre de llamarle Dora? -A palos. -No puedo darle palos a la tía March, así que supongo que tendré que aguantarme. -¿No le gusta a usted bailar, señorita Josefina? -Me gusta bastante si hay mucho espacio y todos se mueven lige-ro...En un lugar como éste, me expondría a volcar algo, pisarle los pies a alguien o hacer alguna barbaridad; así que evito el peligro y la dejo a Meg que se luzca. ¿No baila usted? -Algunas veces. He estado en el extranjero muchos años y no llevo aquí el tiempo suficiente para saber cómo se hacen las cosas. - ¡En el extranjero! -exclamó Jo -; ¡hábleme de eso! A mí me gusta mucho oír a la gente describir sus viajes. Laurie parecía no saber por dónde empezar, pero pronto las preguntas ansiosas de Jo lo orientaron; y le dijo cómo había estado en una escuela en Vevey, donde los chicos no llevaban nunca sombreros y tenían una flota de botes sobre el lago, y para divertirse durante las vacaciones hacían viajes a pie por Suiza en compañía de sus maestros. -¡Cuánto me gustaría haber estado allá! -exclamó Jo -. ¿Ha ido usted a París? -Estuvimos allí el invierno pasado. -¿Sabe usted hablar francés? -No nos permitían hablar otro idioma en Vevey. -Diga algo en francés. Puedo leerlo, pero no sé pronunciarlo. -Quel nom a cette jeune demoiselle en les pantoufles jófies? -dijo Laurie, bondadosamente. -¡Qué bien lo pronuncia usted! Veamos. Ha dicho: "¿Quién es la señorita de los zapatos bonitos?"; ¿es así? -Oui, mademoiselle. -Es mi hermana Meg y usted lo sabía. ¿No le parece que es hermosa? -Sí, me recuerda a las chicas alemanas; tan fresca y tranquila pare-ce; baila como una señora. Jo se sonrojó al oír tal elogio de su hermana, y lo guardó en la memoria para repetírselo a Meg. Ambos miraban, criticaban y charlaban, hasta que se encontraron tan a gusto como dos viejos amigos. Pronto perdió Laurie su timidez, porque la manera varonil de Jo le divertía mucho y le quitaba todo azoramiento, y ella recobró de nuevo su alegría, porque había olvidado el traje y nadie le arqueaba las cejas. Le gustaba el muchacho Laurence más que nunca, y lo observó un poco para poder describirlo a sus hermanas; no teniendo hermanos y pocos primos, los chicos eran para ella criaturas casi desconocidas. Pelo negro y rizado, cutis oscuro, ojos grandes y negros, nariz larga, dientes bonitos, las manos y los pies pequeños, tan

alto como yo; muy cortés para ser chico y muy burión. ¿Qué edad tendrá? Jo tenía la punta de la lengua; pero se contuvo a tiempo y, con tacto raro en ella, trató de descubrirlo de una manera indirecta. -Supongo que pronto irá usted a la Universidad. Ya lo veo machacando en sus libros; quiero decir, estudiando mucho -y Jo se sonrojó por el terrible "machacando" que sé le escapara. Laurie se sonrió y respondió, encogiéndose de hombros: -Tardaré todavía dos o tres años; no iré antes de cumplir diecisiete. -¿Pero no tiene usted más que quince años? -preguntó Jo, mirando al chico alto, a quien ella había dado diecisiete. -Dieciséis el mes que viene. -¿Cuánto me gustaría ir a la Universidad! Parece que a usted no le gusta. -La detesto; nada más que trabajar o divertirse; y no me gusta la manera que tienen de hacerlo en este país. -¿Qué le gusta a usted? -Vivir en Italia, divertirme a mi modo. Jo ansiaba preguntarle cuál era su modo; pero Laurie había fruncido las cejas de tal modo, que Jo cambió de asunto, diciendo: -¿Qué polca magnífica! ¿Por qué no va a bailarla? -Si viene usted conmigo -respondió él, haciendo una reverencia a la francesa. -No puedo, porque le he dicho a Meg que no bailaría, porque... -y aquí se detuvo, no sabiendo si decir la verdad o reírse. -¿Por qué? -preguntó Laurie, interesado vivamente. -¿No lo dirá usted? -¡Jamás! -¿Jamás? -Bueno, tengo la mala costumbre de ponerme de pie delante del fuego y así quemo mis vestidos, como me sucedió con éste; aunque está bien remendado, se ve un poco, y Meg me aconsejó que no me moviera para que nadie lo vea. Usted puede reírse si quiere; es muy gracioso... Pero Laurie no se rió; miró al suelo por un minuto y con una expresión que extrañó a Jo, dijo dulcemente: -No haga caso de eso; yo le diré cómo nos las arreglaremos; allá hay un pasillo grande, donde podemos bailar muy bien sin que nadie nos vea. ¡Hágame el favor de venir! Jo le dio las gracias y se fue alegremente, deseando mucho tener dos guantes buenos cuando vio los que se ponía su compañero, color perla. El pasillo estaba vacío y bailaron una polca magnífica, porque Laurie bailaba bien y le enseñó el paso alemán, que encantó a Jo, por su balanceo y movimiento. Cuando cesó la música se sentaron sobre las escaleras para respirar, Laurie estaba describiendo una fiesta de estudiantes en Heidelberg cuando apareció Meg en busca de su hermana. Hizo una seña, y Jo la siguió de mala gana a una salita, donde se sentó sobre un sofá, agarrándose el pie y algo pálida. -Me he torcido el tobillo. Este estúpido tacón alto se torció y me produjo una torcedura horrible. Me duele tanto, que apenas puedo estar de pie y no sé cómo voy a volver a casa -dijo, estremeciéndose de dolor. -Ya sabía yo que te lastimarías los pies con esos dichosos zapatos. Lo siento mucho, pero no sé qué puedes hacer, como no sea tomar un coche o quedarte aquí toda la noche -respondió Jo dulcemente, frotando el pobre tobillo al mismo tiempo. -No puedo tomar un coche; costaría mucho; además, sería difícil encontrarlo, porque la mayor parte de los invitados han venido en sus propios vehículos; las cocheras están lejos, y no tenemos a nadie a quien enviar. -Yo iré. -De ningún modo; son más de las diez y está oscuro como boca de lobo. No puedo quedarme aquí, porque la casa está llena; algunas ami-gas de Sallie están de visita. Descansaré hasta que venga Hanna, y entonces saldré lo mejor que pueda. -Se lo diré a Laurie, él irá -dijo Jo, como quien tiene una idea feliz. -¡No por favor! No pidas nada ni hables a nadie. Búscame mis chanclos y pon estos zapatos con nuestras cosas. No puedo bailar más; pero en cuanto se acabe la cena, espera a Hanna y avísame en cuanto llegue. -Ahora van a cenar. Me quedaré contigo, lo prefiero. -No, querida; ve y tráeme un poco de café. Estoy tan cansada que no puedo moverme. Meg se reclinó con los chanclos bien escondidos, y Jo hizo su camino torpemente al comedor. Dirigiéndose a la mesa, procuró el café, que volcó inmediatamente, poniendo el frente de su vestido tan malo como la espalda. -¡Ay de mí! ¡qué atolondrada soy! -exclamó Jo, estropeando el guante de Meg al frotar con él la mancha del vestido. -¿Puedo ayudarla? -dijo una voz amistosa. Era Laurie, con una taza llena en una mano y un plato de helado en la otra. -Trataba de buscar algo para Meg, que está muy cansada; alguien me hizo tropezar, y aquí estoy hecha una calamidad -respondió Jo, echando una mirada desde la falda manchada al guante teñido de café. -¡Qué lástima! Yo buscaba a alguien para darle esto. ¿Puedo llevárselo a su hermana? -¡Muchas gracias! Lo guiaré a donde está. No me ofrezco a llevarlo yo misma, porque temo hacer otro desastre. Jo fue adelante, y como si estuviera muy acostumbrado a servir a las señoras, Laurie acercó una mesita, trajo helado y café para Jo, y estuvo tan cortés, que hasta la exigente Meg lo calificó de "muchacho muy simpático". Pasaron un buen rato con los caramelos, que tenían preguntas y respuestas, y estaban en medio de un juego tranquilo de "Susurro", con dos o tres jóvenes que se habían unido a ellos, cuando apareció Hanna. Meg, olvidando su pie, se levantó tan rápidamente que tuvo que agarrarse de Jo, lanzando un quejido. -¡Silencio! ¡No digas nada! -susurró, añadiendo en voz alta -: No es nada, me torcí un poco el pie, nada más -y bajó las escaleras cojeando para ponerse el abrigo. Hanna protestaba, Meg lloraba y Jo estaba desesperada, hasta que decidió tomar a su cargo las cosas. Corrió aba-jo, y al primer criado que encontró le preguntó si podía buscarle un coche. Resultó ser un camarero nuevo, que no conocía la vecindad, y Jo estaba buscando ayuda por otro lado, cuando Laurie, que había oído lo que decía, vino a ofrecer el coche de su abuelo, que acababa de venir por él. -Es demasiado temprano y usted no querrá irse todavía -comenzó Jo, aliviada en su ansiedad, pero vacilando en aceptar la oferta. -Siempre me voy temprano. . . , ¡de veras! Permítame que las lleve a su casa; paso por allá, como usted sabe, y me han dicho que está lloviendo. Eso la decidió; diciéndole lo que le había ocurrido a Meg, Jo aceptó agradecida y subió corriendo a buscar el resto de la compañía. Hanna detestaba la lluvia tanto como un gato, así que no se opuso, y se fueron en el lujoso carruaje, sintiéndose muy alegres y elegantes. Laurie subió al pescante, para que Meg pudiese descansar el pie en el asiento, y las chicas hablaron del baile a su gusto. -Me he divertido mucho; ¿y tú? -preguntó Jo, desarreglando su cabello y sentándose cómodamente. -Sí, hasta que me torcí el pie. La amiga de Sallie, Anna Moffat, simpatizó conmigo y me invitó a pasar una semana en su casa cuando vaya Sallie; Sallie irá durante la primavera, en la temporada de ópera, y será magnífico, si mamá me permite ir -respondió Meg, animándose al pensarlo. -Te vi bailar con el hombre rubio, del cual me escapé; ¿era simpático? -Mucho. Tiene el cabello color castaño, no rubio; estuvo muy cortés, y bailé una redoval deliciosa con él. -Parecía un saltamontes cuando bailaba el paso nuevo. Laurie y yo no podíamos contener la risa. ¿Nos oíste? -No, pero fue algo muy descortés. ¿Qué hacían escondidos allí tanto tiempo? Jo contó su aventura, y cuando terminó estaban ya a la puerta de la casa. Después de dar a Laurie las gracias por su amabilidad, se despidieron y entraron a hurtadillas, con la esperanza de no despertar a na-die; pero apenas crujió la puerta de su dormitorio, dos gorritos de dormir aparecieron y dos voces adormiladas, pero ansiosas, gritaron: -¡Cuenten

del baile! ¡Cuenten del baile! Con lo que Meg describía como "gran falta de buenos modales", Jo había guardado algunos dulces para las hermanitas, y pronto se callaron después de oír lo más interesante del baile. -No parece sino que soy una verdadera señora, volviendo a casa en coche y sentándome en peinador con una doncella que me sirva -dijo Meg, mientras Jo le frotaba el pie con árnica y le cepillaba el cabello. Y creo que Meg tenía razón.





CAPITULO 2

UNA FELIZ NAVIDAD

Jo fue la primera en despertarse al amanecer gris de la mañana de Navidad. No había medias colgadas delante de la estufa, y por un momento se llevó tanto chasco, como una vez, hacía ya mucho, que su mediecita se había caído al suelo por estar muy llena de regalos. Entonces recordó lo que su madre había prometido, y, metiendo la mano debajo de la almohada, sacó un librito encuadernado en rojo. Lo reconoció muy bien, porque era una bella historia de la vida más perfecta que jamás pasó por el mundo, y Jo sintió que era un verdadero guía para cualquier peregrino embarcado en el largo viaje de la vida. Despertó a Meg con un "¡Felices Pascuas!", y le dijo que buscara debajo de la almohada. Apareció un libro, encuadernado en verde, con la misma estampa dentro y unas palabras escritas por su madre, que aumentaban en mucho el valor del regalo a sus ojos. Pronto Beth y Amy se despertaron para buscar y descubrir sus libros, el uno de color gris azulado, el otro azul; y todas sentadas contemplaban sus regalos, mientras se sonrosaba el oriente con el amanecer. A pesar de sus pequeñas vanidades, tenía Meg una naturaleza dulce y piadosa, que ejercía gran influjo sobre sus hermanas, en especial sobre Jo, que la amaba tiernamente y la obedecía por su gran dulzura.

-Niñas -dijo Meg, gravemente, dirigiendo la mirada desde la cabeza desordenada a su lado hasta las cabecitas en el cuarto próximo-. Mamá desea que empecemos a leer, amar y acordarnos de estos libritos, y tenemos que comenzar inmediatamente. Solíamos hacerlo fielmente, pero desde que papá se marchó y con la pena de esta guerra, hemos descuidado muchas cosas. Pueden hacer lo que gusten pero yo tendré mi libro aquí sobre la mesita, y todas las mañanas, en cuanto despierte, leeré un poquito, porque sé que me hará mucho bien y me ayudará durante todo el día. Entonces abrió su Nuevo Testamento y se puso a leer. Jo la abrazó y cara con cara, leyó, con aquella expresión tranquila que raras veces tenía su cara inquieta. - ¡Qué buena es Meg! Ven, Amy, hagamos lo mismo. Yo te ayudaré con las palabras difíciles, y nos explicaremos lo que no podemos comprender -susurró Beth, muy impresionada con los bonitos libros y con el ejemplo

CAPITULO 3

EL BAILE DE AÑO NUEVO

-¡Jo! ¡Jo! ¿Dónde estás? -gritó Meg, al pie de la escalera que conducía a la boardilla. -Aquí -respondió, desde arriba, una voz algo ronca. Y corriendo arriba, Meg encontró a su hermana comiendo manzanas y llorando con la lectura de El heredero de los Redclyffe, envuelta en una toquilla y sentada en un viejo sofá de tres patas, al lado de la ventana soleada. Era el refugio preferido de Jo; aquí le gustaba retirarse con media docena de manzanas y un libro interesante, para gozar de la tranquilidad y de la compañía de un ratón querido, que vivía allí y no tenía miedo de ella. Cuando llegó Meg, el amiguito desapareció en su agujero. Jo se limpió las lágrimas y se dispuso a oír las noticias. - ¡Qué gusto! Mira. ¡Una tarjeta de invitación de la señora Gardiner para mañana por la noche! -gritó Meg, agitando el precioso papel que procedió a leer después con juvenil satisfacción: "La señora Gardiner se complace en invitar a la señorita Meg y a la señorita Jo a un sencillo baile la noche de Año Nuevo." -Mamá quiere que vayamos. ¿Qué nos vamos a poner? -¿De qué sirve preguntarlo, cuando sabes muy bien que nos pondremos nuestros trajes de muselina de lana, porque no tenemos otros? -dijo Jo, con la boca llena. -¡Si tuviera un traje de seda! -suspiró Meg -. Mamá dice que quizá pueda hacerme uno cuando tenga dieciocho años; pero dos años es una espera interminable. -Estoy segura de que nuestros trajes parecen de seda y son bastante buenos para nosotras. El tuyo es tan bueno como si fuera nuevo; pero me olvidaba de la quemadura y del rasgón en el mío; ¿qué haré? La quemadura se ve mucho y no puedo estrechar nada la falda. -Tendrás que estar sentada siempre que puedas y ocultar la espalda; el frente está bien. Tendré una nueva cinta azul para el pelo, y mamá me prestará su prendedor de perlas; mis zapatos nuevos son muy bonitos y mis guantes pueden pasar. -Los míos están arruinados con manchas de gaseosa, y no puedo comprar otros, de manera que iré sin ellos -dijo Jo, que no se preocupaba mucho por su vestimenta. -Si no llevas guantes, no voy -gritó Meg, con decisión -. Los guantes son más importantes que cualquier otra cosa; no puedes bailar